

nacido; Récal, que había apurado las artes cosméticas, llevaba sobre la barba y el cabello no sé cuántas capas de pinturas, pomadas y otros sucios potingues que le daban cierto aspecto de gentileza, subrayada por el viejo zuavo con el continente más severo é importante que tenía en repertorio. No hay para qué decir que Campardon también estaba lleno de alegría; pero que celebraba infinitamente más el matrimonio de Pancho y Violette que el de los otros conjuntos, pues aunque sabía que bajo la barba cana vive la mujer honrada, también estaba seguro de que cuando la barba se tiñe con nitratos y sulfatos, pierde un cincuenta por ciento de su respetabilidad, en cambio de otro cincuenta de bufonería y de ridiculez.

No es necesario decir que los plácemes que los novios escucharon fueron rústicos y no cortesanos, que los concurrentes á la fiesta no lucieron galas que merecieran las descripciones de cualquier cursi revistero de salones y que la comida no tenía un solo nombre francés más ó menos enrevesado. La sopa de arroz, el cócono y los frijoles, constituyeron la parte principal de la minuta, y la carne de membrillo, el pulque y las cincuenta mil cremas y leches que tan sabrosamente aderezan las rancheras, sirvieron de escolta á los guisotes del país.

Cuando las cabezas estaban más llenas de humos y cuando más alegremente se bailaba, Pancho fué al corredor deseoso de refrescarse un poco, pues se sentía mareado

con el continuo beber y con el más continuo hablar y decir agudezas contestando á las burdas puyas que le dirigían los convidados. Al salir se topó con el espectáculo más raro que hubiera visto: el subteniente Récal, el novio, que lloraba como un niño de escuela abrazado á la tripa frondosa de su suegro. Ocurrió Pancho á ver qué acontecía y pudo oír que el zuavo se lamentaba por tener que abandonar la carrera militar.

— ¡Dios mío! tartamudeaba un si es no es ajumado; ¡qué desgracia tan espantosa! Seis meses hace que recibí mi despacho de subteniente, y ahora acabo de solicitar mi retiro. ¿Podré vivir lejos del regimiento, alejado de los camaradas, sin comunicación con las cosas de la milicia? Veintinueve años llevo en ella, no he recibido una amonestación, no me he hecho acreedor á un arresto, no me ha perjudicado una mala nota en mi hoja de servicios; y ahora me voy, me voy sin remedio, abandono el ejército para dedicarme quizás á medir cuartillos de maíz, quizás á varear manta ó á despachar tlacos de especias surtidas... ¡Y mis pendones, y mis jefes, y mi carrera, y mis servicios, todo quedará olvidado sin que nadie vuelva á acordarse más de ello!

Y lloraba derramando raudales de lágrimas y descomponiéndose el adobo de la piel y destiñéndose las barbas.

Los campesinos, al oír que se lamentaba aquel hombre que esa misma mañana había recibido las bendicio-



nes del cura, empezaron á hacer mil catálogos, figurándose quién sabe qué horrores; pero á poco cesaron de comentar, pues como no entendían palabra de francés, en cuyo idioma tenían los novios y el suegro la conversación que tanto les abstraía, pronto les dejaron tranquilos sin ocuparse más en figonearles.

— Por poco te desconsuelas, hombre, dijo Olivos con todo espacio. Vente con nosotros, con los mexicanos, que defendemos nuestra independencia sin importarnos un ardite de nada, y si abandonas pendones, oriflamas, cajas de guerra, clarines, compañeros y jefes, consigues todas esas cosas á nuestro lado, haciendo la guerra por una causa justa y grande.

— Pero ¿qué dices, Francisquín? ¿Ir yo á pelear contra mis compatriotas, contra mis hermanos? ¿Estás loco?

— Tan no estoy loco, repuso Pancho, que te voy á probar que nunca he estado más cuerdo. El imperio de Maximiliano no dura un año... ¿qué digo un año? seis meses no se sostiene; pero aunque se sostuviera, la expedición francesa se va, se va sin remedio: así lo oí decir en el cuartel general de mi jefe ahora que estuve á tratar cierto asunto...

— Pero mientras se van...

— Mientras se van tú peleas en Oaxaca, al lado de Porfirio, y allá no te encontrarás un francés ni para reliquia: no hay más que austriacos.

— ¿Austriacos? Me los sé de memoria. Me encontré con ellos en Italia más de diez veces, y ya sé á lo que sabe el derrotarles y el hacerles huir, declaró Récal con petulancia.

— ¡Pues zús contra ellos, Récal! exclamó Pancho.

— ¡Zús! dijo Campardon.

— Dejádme espacio para reflexionar, rumió el subteniente. Ya habrá tiempo cuando haya pasado unos días al lado de mi hermosa mujercita.

— Como quieras, dijeron á una Pancho y su suegro.

Pancho estuvo en la sala oyendo la tabarra que le dió la señora Boldi, que se había agregado á la comitiva en calidad de convidada. La insignificante señora estuvo poniendo á Olivos al tanto de todas sus andanzas y aventuras: su marido estaba entre los imperialistas en calidad de proveedor, intendente ó no sé qué, y de seguro regresaría con un caudal, pues como era industrial y hormiguista, sabría apandar cuanto le fuere posible para hacer una fortuna más que regular.

— ¡El pobrecito ángel, exclamaba gimiendo la señora, trata de hacer negocio para los hijos que el cielo nos mande!

— ¿Hijos, señora? dijo atónito Pancho. ¡Si Boldi creo que pasará de los sesenta años!...

— ¡Ay, comandante, de menos nos hizo Dios!...

Al anochecer anunciaron una visita á quien hubo que



cumplimentar: era el comandante de la población, el famoso Gavito, que por haber estado de partida no había visto el matrimonio, ni se había sentado á presidir la mesa de la boda. Gavito era un viejo encorvado, cetrino de color, con los bigotes caídos y con un aspecto de sordidez y de insignificancia que daban grima. Brindó á la salud de los novios, dijo unas cuantas tonterías tartamudeantes á las muchachas y se retiró á buena hora.

— A descansar, exclamó guiñando el ojo á las novias, que ahora sí tenemos garantías. No habrá quién nos interrumpa aunque quiera... Aquí hay pantalones... Con el viejo Gavito no se admiten chanzas. Adiós, Nicanor; adiós, todos; buenas noches.

Y se alejó por el arroyo desempedrado y lleno de baches, haciendo mil figuras fantásticas, debidas en parte á las desigualdades del camino y en parte á la influencia de los tragos que se había metido entre pecho y espalda.

\* \* \*

Cuando se retiró la concurrencia, Olivos se marchó al aposento que le tenían destinado. Ningún momento de su vida le había parecido tan solemne como aquél en que se veía á la puerta del cuarto en que le aguardaba la única mujer que le había querido. Enviaba hacia atrás la memoria y miraba á Violette niña, cándida y serena guardándole las provisiones que podía recoger en las horas del

tremendo sitio; la contemplaba luego tranquila y sonriente, brindarle el tesoro de su amor virginal; recordaba después sus dolores, sus sacrificios, sus pruebas de amor, y se convencía de que, debido á protección divina, gozaba de aquel tesoro de candor y de hermosura, mientras repetía quedito, como en aquella noche inolvidable: «¡Violette, Violette!» y sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas y que le quería reventar de emoción el pecho.

Al fin tocó con los nudillos la puerta, que dejaba salir, á través de las junturas, rayitas de luz que se pintaban en el muro frontero. Y luego, como nadie contestara, empujó las hojas, que al abrirse le mostraron á la doncella palpitante de emoción, trocado en carmín el alabastro de la cara, con la voz trémula, la mirada vaga y un dulce temor retratado en toda su persona.





— ¡Violette, Violette!

— ¡Panchito de mi alma!

Y cuando él se entretenía en referirle sus dudas, sus temores, sus placeres, sus sufrimientos, sus penas y sus esperanzas, y mientras desfloraba con un beso aquella boca que parecía nido de amores, vino á interrumpirles el ruido de un tiro que sonó á lo lejos.

— ¿Oíste?

— No es nada; algún ocioso que disparó al aire su carabina.

Pero al fin quedó suspenso él mismo al oír otro disparo y luego cinco ó seis más, que fueron seguidos de muchos gritos, vociferaciones, insultos, aclamaciones, vivas y muera. No cabía duda, se trataba de un ataque al lugar y él estaba desarmado, solo, sin poder defender á su mujer de su alma.

Salió violentamente al corredor y se encontró á Récal, que hablaba con el padre de las chicas.

— ¡A las alturas, hay que tomar las alturas! exclamó Francisco.

— ¡Sí, arriba, á la azotea; hay que defenderse!

Mas cuando trataban de trepar por una barda adosada al muro, oyeron tocar violentamente la puerta y no tardaron en ver que entraba, seguido de diez ó doce embozados é iluminados por la luz de varios hachones, ¿á quién diréis? al propio Visoso, que sin dar ni pedir explicaciones, se echó en los brazos del comandante diciéndole á gritos:

— ¡Victoria, victoria! ¡les ganamos viejo, barbón y borracho!... ¿No le había dicho, comandante, que vendría á verle el día de su matrimonio? Pues aquí estoy y luego nos iremos con Porfirio... Les pegué el gran palomazo, tasajo... Ya sabrán quién es Visoso. Gavito, el jefe de la plaza, su segundo y otros diez ó doce están allí para contarlos; y ahora, con cerca de trescientos hombres, dos piececitas de montaña, buena cantidad de municiones y otros menesteres, creo no me rechazará Porfirio... ¿Qué dice, tasajo?

Olivos dió muchos abrazos á Visoso y permaneció unos pocos minutos conversando con él, y como se despidiera para arreglar las cosas en el pueblo recién conquistado y para evitar una contrasorpresa posible, no dejó de decir unos cuantos piropos á la bella Violette.

— ¡Pero qué guapa comandanta nos ha echado, amigo!... Esto es bueno y no de cobre... Mire que de éstas, pocas en libra... Por esos ojos, yo me condenaba... Prepárense, que mañana nos vamos.

A la madrugada tocó de nuevo en la casa, y después de un buen rato de esperar salieron los novios y el suegro.

— Pero ¿qué es esto? preguntó Pancho lleno de alborozo.

— Que me marchó á unirme con Porfirio y sólo á usted aguardo.

— Pues adelante, amigo Visoso. Vamos adonde guste...



— ¿Y esta niña? ¿se queda aquí ó se va á la misión?

Pancho interrogó con los ojos á la recién casada y ella se arrancó diciendo con naturalidad:

— Prometí que había de seguirte en próspera y adversa fortuna, y contigo he de estar siempre... Vámonos adonde quieras.

— ¡Bendita sea tu boca! exclamó el comandante besándosela con toda la efusión de su alma.

— Y tú ¿qué dices, Récal? preguntó Francisco al franchute que, triste, desmalazado, caídos los bigotes, hinchados los párpados y con cara de aplanamiento y mortificación, contemplaba la disputa entre los amantes.

— Yo, dijo tomando á su mujer por el talle, no me decido á nada todavía... Hay que pensarlo.

— No hay que pensar nada, amigo, exclamó Visoso con brusquedad. Deje usted el arrimo de las faldas y véngase, que tiempo le sobra de ser buen marido.

Récal no respondió; limitóse á apretar la mano de Nicole y á ver con aire de envidia á Olivos y á su mujer, que ya subían, ágiles y dispuestos, en los caballos que les traía arreglados Visoso.

— Vámonos con Porfirio, franchute, exclamó el guerrillero arriscándose con la mano izquierda el ala del jarano, mientras con la otra sujetaba la rienda de un prieto manos blancas que había pertenecido al difunto Gavito.





Despidiéronse con amor las hermanas, con muchas lágrimas...

— Yo no he de pelear contra mis paisanos, volvió á decir Récal encontrando el argumento que había expendido el día anterior.

Despidiéronse con amor las hermanas, con muchas lágrimas el padre y la hija, con grandísimo afecto los conuñados y Campardon, todos dieron muy rendidamente las gracias al buen Arcipreste, y al fin, picando espuelas á las caballerías, Pancho y Violette se pusieron al lado del gran Visoso, que marchaba con un placer que le salía por las cinchas de su caballazo prieto.

En Chila de la Sal se reunieron con Porfirio, que había avanzado hasta allí para proteger la incorporación del vencedor de Gavito.

